

envió á los ejércitos y á los departamentos. Cuatro días después, acudió á reproducir las peticiones de las dos secciones anteriores la opulenta de Lepelletier, llamada antes de las Monjas de Santo Tomás, que, por componerse de vecinos en su mayoría ricos, había sido siempre hostil á los demócratas y que ahora se puso á la cabeza de la resistencia. Para el seis de Septiembre, veinte de Fructidor, se había convocado á las asambleas primarias, con el objeto de votar la Constitución y los decretos. La sección Lepelletier declaró solemnemente, que los poderes de todo cuerpo constituyente cesaban ante las asambleas primarias del pueblo soberano, y que, en su consecuencia, procedía formar un comité central, que representase al pueblo reunido y se sustituyese á la Convención. Esta vió todo el peligro que implicaba declaración tan atrevida, y así, prohibió, bajo severas penas, la formación del comité proyectado, que, en efecto, no se organizó, y adoptó varias medidas contra los sacerdotes refractarios que perturbaban las poblaciones, contra los emigrados y contra los «traidores de Tolón» que habían vuelto á Francia. La agitación iba creciendo por momentos, principalmente, por la impaciencia de los emigrados, que empujaban á la burguesía con irreflexiva precipitación, creyendo fácil aplastar á la Convención por medio de una insurrección formidable. La agencia realista mantenía una agitación febril entre sus confidentes; jóvenes literatos y periodistas llenaban la prensa de violentos ataques; la Juventud dorada, de Freron, se desataba en improperios contra sus antiguos jefes, que le prohibían cantar. «El despertar del pueblo» y trabar reyertas con los jacobinos, y en las secciones, nadie era escuchado si no proclamaba que la insurrección era, en caso de opresión, deber de todos los patriotas. Fermentación semejante reinaba en las provincias. En Chartres, una turba de mujeres que pedían pan barato, forzó al comisario de la Convención, Letellier, á firmar una tasa muy baja, y luego, haciéndole subir sobre un asno, le pasearon por la ciudad á los gritos de «¡Viva el rey!» El desgraciado, al volver á su casa, se saltó la tapa de los sesos. Patriotas fueron asesinados en Nonancourt y en Dreux; la escarpela blanca se exhibió en Nantes; los árboles de la libertad desaparecieron en diferentes lugares, y partidas de chuanos se apoderaron de las cajas públicas. Al mismo tiempo, circulaba entre los realistas la grave noticia de que el príncipe de Condé, que mandaba en el alto Rhin el pequeño ejército de emigrados, había logrado durante el mes de Agosto, por medio de un librero de Neufchatel, Fauche Borel, seducir á Pichegru, que había prometido prestar todo su concurso á la restauración de los Borbones. Por inverosímil que á todos pareciese, la noticia era exacta. No se ha podido averiguar qué móviles impulsaron al antiguo protegido de Saint-Just á dar paso tan crítico, porque Pichegru se encerró en impenetrable silencio; pero no cabe duda que manifestó al príncipe de Condé que estaba pronto á llevar su ejército á la margen derecha del Rhin, para unirse á los emigrados y marchar juntos sobre París. Dada la adhesión de las tropas republicanas á su general, la empresa, si peligrosa, era factible; pero hubo que aplazarla por dificulta-

des que suscitaron los austriacos. Pichegru continuó en secreta correspondencia con los emigrados, lo que fué motivo de que la agencia realista de París insistiese con más empeño en promover una explosión en las calles de la capital. En la Convención, seguros los revolucionarios de que la intentona sería reprimida con el auxilio de las tropas, no disimulaban su alegría, previendo que la victoria los proporcionaría ocasión de aplastar al partido moderado. Contaban también con que la insurrección les aseguraría el predominio en los futuros Consejos, á pesar del nuevo tercio; al paso de que si las secciones se mantenían en la legalidad, la mayoría sería de los moderados. A medida que la agitación crecía en los realistas, los thermidorianos y los irresolutos se acercaban en la Convención á los independientes.

Todas las asambleas primarias de París aceptaron la Constitución y rechazaron los decretos; no así las de provincias, que aceptaron la una y los otros. Votaron la Constitución no más que un millón de ciudadanos: novecientos mil sí y cuatrocientos mil no. El número de los que votaron los decretos fué muchísimo menor: ciento sesenta y siete mil en favor, noventa y cinco mil en contra. Estas cifras nos dicen que la mayoría de los franceses no votó, y que los reaccionarios eran una minoría dentro de la minoría votante. En su virtud el veintitrés de Septiembre, primero de Vendimiario, la Convención promulgó la Constitución y los decretos como leyes del Estado, y á continuación dispuso que el nombramiento de los electores se terminaría el dos de Octubre, que las elecciones empezarían el doce del propio mes, y que el nuevo Cuerpo legislativo se reuniría el seis de Noviembre. La promulgación de estos decretos fué para las secciones como la señal de la insurrección. Los reaccionarios acusaron á los comités de gobierno de haber falseado el escrutinio; bandos de jóvenes diéronse á recorrer las calles gritando: «¡Abajo los dos tercios!», y el veinticinco de Septiembre armóse, en el Palais Royal, una gran revuelta con disparos de fusil. Las noticias que se recibían de provincias envalentonaban á los sediciosos. Sabíase que el terror blanco, comprimido en Lyon, se desbordaba más furioso que nunca en Provenza y en las comarcas vecinas; el rumor acerca de la traición de Pichegru, persistía y se exageraba la importancia de la expedición del conde de Artois á las costas de Vendée. En las calles de París, todo era pánico; en la Convención, luchaban desesperadamente independientes y moderados. El tres de Octubre, celebraba la Convención una fiesta fúnebre en honor de los representantes girondinos «mártires de la libertad», así como de Camilo Desmoulins y Filipeaux, cuyos nombres se leyeron entre himnos cantados por el Conservatorio de música, cuando se enteró de que varias secciones, á su cabeza la de Lepelletier, violando el decreto que fijaba las elecciones para el doce de Octubre, habían convocado por su propia autoridad á los electores para aquel mismo día y llamado la fuerza armada para proteger los colegios electorales. Primer acto de rebelión, que la Convención reprimió enérgicamente. A propuesta de Daunou, decretó la dispersión de todas las asambleas

primarias; prohibió toda reunión de electores antes del doce de Octubre, y para estar pronto á la lucha en todo evento, se declaró en sesión permanente. El pueblo recibió la promulgación de este decreto, que se efectuó á la luz de antorchas en la noche del tres de Octubre con huchecos, silbidos y escándalos; las antorchas fueron apagadas y los magistrados atropellados, no dispersándose la muchedumbre hasta que apareció el general Menou á la cabeza de imponente destacamento. Mientras tanto, los comités habían nombrado una comisión de cinco individuos para proteger el orden público. De esta comisión era Barras, que organizó inmediatamente, con los patriotas de los arrabales que habían sido desarmados por terroristas, tres batallones con el nombre de «Patriotas del ochenta y nueve», como para demostrar que la revolución entera desde su origen era la que se trataba de defender. Se presenció una escena conmovedora en la Terraza de los Fuldenses, viéndose llorar de alegría á aquellos rudos obreros del catorce de Julio y del diez de Agosto, cuando se les devolvieron las armas. «Este momento en que recibieron las fusiles, dice Real, no se borrará nunca de mi memoria. Tengo siempre delante de mis ojos á un viejo que al tomar el suyo, lo apretó contra sus labios y llorando decía: *¡Todavía soy libre!*»

Al día siguiente cuatro de Octubre los reaccionarios publicaron, en carteles pegados á las esquinas de las calles, que la Convención se echaba en brazos de los «bebedores de sangre» que quería hacer degollar á todo París; de las cuarenta y ocho secciones que contaba la capital, cuarenta y cuatro se declararon en plena insurrección; su centro era la sección Lepelletier, donde habían organizado un comité director; el toque de generala se oía en todas partes, y los guardias nacionales corrían en pelotones hacia la sección central, gritando que iban á defender sus mujeres y sus hijos contra los verdugos de la Convención. La situación era gravísima. La Convención no disponía más que de nueve regimientos, cuyos oficiales no mostraban deseos de batirse, y su general Menou no quiso llevar consigo á los batallones de «Patriotas del ochenta y nueve», diciendo que no quería mandar á bandidos. La comisión de los cinco hizo muy mal en no destituirle en el acto. Después de muchas vacilaciones, partió Menou hacia la sección Lepelletier, metiendo sus tropas por calles llenas de insurrectos, y en vez de intimar la rendición, parlamentó conviniendo en retirarse á condición de que ellos se retirarían también. Menou cumplió su palabra; los seccionarios, dándose aires de triunfadores, no se movieron, y continuaron á sus anchas los preparativos para el día siguiente. La conducta de Menou, más torpe que criminal pudo haber causado la ruina de la Convención, si los insurrectos hubiesen tenido finalidad y plan. Pero la mayor parte de los literatos y periodistas que dirigían el movimiento, se lanzaban á la lucha sin saber adonde iban, y cuando los realistas les propusieron poner al frente del movimiento á generales de su comunión, los rechazaron; porque no querían la bandera blanca, condenaban las matanzas del Mediodía y limitaban su aspiración á ser elegidos diputados en vez de los convencionales. No por esto dejaron de tomar medidas

violentas: pusieron fuera de la ley á los comités de gobierno, arrestaron en las calles á varios representantes, se apoderaron de la tesorería, interceptaron convoyes de armas destinados al barrio de San Antonio y crearon una especie de tribunal revolucionario. Hacia el amanecer, diéronse por jefe al general Danican, que había ejercido mando en Vendée y á quien los comisarios de la Convención habían destituido, por humanidad, según unos, por incapacidad, al decir de otros. Sin gran confianza en las fuerzas que iba á mandar, Danican aceptó el ofrecimiento por patriotismo, con el fin, al parecer, de evitar la lucha ó de reducirla á las menores proporciones. Estas dudas de los rebeldes salvaron á la Convención, que destituyó á Menou, tras discusión apasionada, y nombró á Barras general en jefe de las fuerzas militares, reducidas á tres mil quinientos soldados, mil quinientos patriotas del ochenta y nueve y unos centenares de obreros del barrio de San Antonio: total, unos seis mil hombres. Pero Barras necesitaba de un militar de confianza para ejecutar sus órdenes, y por indicación de la secretaria del Comité, llamó al general Bonaparte, á quien había conocido ya en el sitio de Tolón, y le hizo nombrar lugarteniente suyo.

Dejamos á este joven general en el ejército de Italia durante la campaña del noventa y cuatro, sugiriendo á los comisarios de la Convención el plan de operaciones que fué aceptado y seguido. Era Bonaparte republicano ardiente, amaba la revolución, porque esperaba que la revolución abriría ancho campo á su gente; pero no era jacobino ni partidario de Robespierre, dígame lo que se quiera. Protegió siempre á los oficiales nobles de su brigada en los que descubría talento y lealtad, y no ocultó su alegría cuando el golpe de Thermidor acabó con los motines demagógicos, que comenzaban á producirse hasta en los ejércitos. Esto no obstante, la confianza con que le habían distinguido los antiguos comisarios, muy especialmente Agustín Robespierre, fué causa de que los thermidorianos le mirasen durante algún tiempo con prevención y de que se ordenase abrir información acerca de su conducta, que resultó intachable y en sumo grado honrosa, declarándose oficialmente que «los conocimientos militares y tipográficos del llamado Bonaparte podrían ser útiles al Estado». Poco tiempo después, necesitado el Comité de Salvación pública de realizar grandes reformas en la oficialidad militar, que los nombramientos arbitrarios é irregulares que los representantes en comisión habían aumentado en proporciones insostenibles, Bonaparte quedó como en situación de reserva con todo el sueldo. Fuése entonces á París, con el fin de gestionar su vuelta al servicio, lo que había de serle muy difícil conseguir por carecer de valedores. Con la baja de los asignados, su mermado sueldo no le alcanzaba para lo más preciso; pero las privaciones materiales no le importaban, lo que le apesadumbraba era verse condenado á una inacción oscura, él, que llevaba en su cabeza miles de pensamientos, de planes y de proyectos. Estarse quieto, imposible. Acosaba á los individuos de los comités, exponía á los di-

putados que cogía por su cuenta sus ideas sobre la guerra y los medios infalibles que había escogitado de hacerla con ventaja. El fuego de su palabra daba fuerza y autoridad á sus actos. Pero su edad y su traza le perjudicaban. Sólo tenía veinticinco años; su nombre era conocido de muy pocos; y su porte, raro y nada simpático. Pequeño y delgado, de cara pálida y enjuta, de facciones abultadas, de largos y lisos cabellos, que le ocultaban parte de la frente, encerrábase con frecuencia en un silencio sombrío y desdénoso, que hacía tanto más chocantes sus arrebatos de entusiasmo, y así, unos le miraban como un estafalario, otros como un utopista. Pero el que poseyese algún conocimiento de los negocios y se pusiese en contacto un poco íntimo con el soñador, sentíase atraído al punto por la exactitud, la precisión y la transcendencia de sus razonamientos. Por desgracia, Aubri, encargado á la sazón de la dirección de los asuntos militares en el Comité de Salvación pública, carecía de mirada penetrante para distinguir un genio que se revelaba bajo formas tan extravagantes, y nada podían con él las súplicas y proposiciones que le dirigiera el joven oficial. «Usted nos dice cosas muy hermosas, le respondía; pero su juventud no nos ofrece bastantes garantías.»—«Se envejece pronto en el campo de batalla, y yo del campo de batalla vengo», replicaba Bonaparte; á pesar de lo cual, Aubri persistía en su actitud de desconfianza. Lo único que llegó á ofrecerle y hubo de parecerle mucho, fué el mando de una brigada de infantería en Vendée, ofrecimiento que rechazó Bonaparte, dispuesto á todo menos á gastar sus energías en la guerra civil y á dejar la artillería, en la que había seguido siempre. Siguió, pues, en París; aburriéndose en la ociosidad, mas no sin concebir á diario nuevos planes de campaña para el ejército de Italia. Cuando se firmó la paz con España, vislumbró la posibilidad de descargar en los Apeninos, con las tropas ocupadas hasta entonces en los Pirineos, tremendos golpes, que habrían conmovido al mundo. ¡Quién se lo dijera! De la noche á la mañana se halló en situación de realizar todos sus planes. Al renovarse el quince de Thermidor el personal del Comité de Salvación pública, se encomendó la dirección de la guerra á Doulcet de Pontecoulant, quien, por lo mismo que era militar, se dió clara cuenta de la inmensa responsabilidad que pesaba sobre él, y buscó el concurso de un hábil colaborador. Boissi-d'Anglas le habló del joven oficial corso, se lo presentó, y una breve conferencia bastó á Doulcet para adivinar el raro genio de Bonaparte. Esto ocurría el veinte de Agosto, y cuatro días después, se enviaba al cuartel general de Italia un proyecto redactado á toda prisa por el nuevo funcionario. De esta suerte, por el capricho de las circunstancias, Bonaparte, el oficial sin empleo, se halló de repente sucesor real de Carnot, árbitro de la guerra europea. Se puso á trabajar con celo ardiente, con actividad múltiple é infatigable. Lo rudo de su naturaleza reconcentrada desapareció en la continua acción que le imponía su inmensa tarea. «No veo en torno mío más que dicha y esperanza», escribía á su hermano José. Mas ¡ah! que la dicha fué breve. Unos días después, la rueda de la fortuna, girando

siempre, volvió á presentar su negra faz. Letourneur, sucesor de Doulcet, sintiéndose mortificado por el tono imperativo del joven general, le separó de la secretaría del Comité, y como éste insistiese en no aceptar mando en Vendée, le dió de baja en la lista de los generales activos. Bonaparte se aferró entonces á un proyecto que había acariciado ya otra vez, el proyecto de ir á Constantinopla en comisión del gobierno, para organizar el ejército turco hasta ponerle en condiciones de atacar á los de Rusia y Austria. El Comité aprobó el plan, ganoso de desembarazarse de aquel oficial molesto y ambicioso; pero Bonaparte tuvo que aplazar la partida, por no disponer de la suma necesaria para la expedición, ni serle fácil encontrarla. En estas gestiones se hallaba cuando, con motivo de la jornada del trece de Vendimario, fué llamado por Barras.

El cual echó sobre su segundo el cuidado de dirigirlo todo, é inmediatamente el pensamiento, el orden á la vida reaparecieron en las filas republicanas. Con su mirada de águila, Bonaparte fijó al punto su plan: transformar las Tullerías en campamento inexpugnable. Hacíanle falta, á este efecto, los cañones de la guardia nacional, que se hallaban depositados en un gran parque cerca de Meudon, y envió por ellos á un jefe de escuadrón, el oficial Murat, el cual llegó al depósito al mismo tiempo que un destacamento de insurrectos, á los que dispersó, y á las seis de la mañana, los cuarenta cañones estaban en las Tullerías. Luego, apostó sus seis mil hombres detrás de las baterías, emplazadas alrededor de las Tullerías en todas las bocacalles; distribuyó fusiles y municiones á setecientos diputados, que deberían formar una tropa de reserva, y hecho esto, esperó el ataque. Por parte de los insurrectos, el general Danican siguió la misma conducta que Bonaparte: manifestó á los suyos que un ataque contra las fuerzas de la Convención era muy peligroso y no debía intentarse, sobre todo por las pocas garantías militares que ofrecían las tropas cívicas, y que el mejor partido era levantar barricadas por todas las calles que conducían á las Tullerías, para obligar al enemigo á trabar combates parciales, ó, si los rehusaba, reducirle por hambre. Pero este plan no agradó á los más exaltados de los jefes, quienes, desvanecidos por el éxito de la víspera, avanzaron por varios puntos, á la cabeza de sus bandos, hasta las vanguardias republicanas. Los más sensatos practicaron nuevas gestiones para evitar el derramamiento de sangre, ofreciendo á la Convención deponer las armas si ésta accedía á desarmar á los terroristas. Muchos representantes se inclinaban á aceptar la proposición; pero los hucheos de los patriotas armados que llenaban las tribunas ahogaron sus palabras, y la mayoría acordó responder que la Convención no podía tratar mientras los rebeldes no hubiesen depuesto las armas. Oíase fuera los aires de la «Marsellesa», entonada en coro por los soldados y los patriotas, y á lo lejos el canto reaccionario de los insurrectos, el «Despertar del pueblo». De repente, suenan tiros de fusil, disparados no se sabe de dónde ni por quien, seguidos de las